

RECONCILIACION Y ALIANZA

El Magisterio de Juan Pablo II sobre la Redención *

JOSE LUIS ILLANES

SUMARIO: 1. *La revelación, revelación del insondable amor de Dios* 2. *Presupuestos de la doctrina sobre la Redención*. a. Presupuesto cristológico; b. Presupuesto antropológico; c. Presupuesto histórico-salvífico. 3. *Creación, pecado, Redención; etapas de la Alianza*. 4. *Encarnación, Cruz y Resurrección*: a. La Encarnación del Hijo de Dios; b. El misterio de la Cruz; c. Resurrección y novedad de vida. 5. *La potencia reconciliadora de Cristo resucitado*: a. La obra de la reconciliación; b. La acción de Cristo en el cristiano y en la Iglesia.

«Abrir las puertas al Redentor. He aquí la llamada que, en la perspectiva del Año Jubilar de la Redención, dirijo a toda la Iglesia, renovando la invitación hecha a los pocos días de mi elección a la cátedra de Pedro. Desde aquel instante, mis sentimientos y mi pensamiento se han orientado más que nunca a Cristo Redentor, a su ministerio pascual, vértice de la Revelación divina y actuación suprema de la misericordia de Dios para con los hombres de todos los tiempos»¹.

La Redención, la «obra salvífica de Cristo», como gusta de decir Juan Pablo II², es realidad amplia y susceptible de ser analizada a múltiples niveles: abarca la historia entera y en su centro se encuentra Cristo, su persona, su vida terrena, su acción celeste. De ahí la dificultad a la hora de esbozar una síntesis, máxime si tenemos en cuenta que, aunque el misterio de la Redención constituya el eje

* Relación introductoria a un grupo de estudio en el «Congresso Internazionale di Soteriologia cristiana e culture odierno» (Roma, 6-9 feb. 1984), con ocasión del Año Santo de la Redención.

1. Bula *Aperite portas Redemptori*, 6-I-1983, n. 1 (AAS 75, 1983, p. 89).

2. Ver por ejemplo la encíclica *Redemptor hominis*, 4-III-79, n. 20 (AAS 71, 1979, p. 309), y la alocución en la clausura de la reunión plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio, 26-XI-1982, n. 6, al realizar precisamente el primer anuncio del Año Santo (AAS 75, 1983, p. 145).

central del Magisterio del actual Romano Pontífice, no ha publicado ningún documento destinado a exponerlo de forma sistemática. A fin de recoger lo mejor posible los diversos aspectos seguiremos un esquema basado en parte en las palabras recién citadas, con las que se inicia la Bula que convocaba el Año Santo, y en las que el propio Juan Pablo II ha resumido su experiencia interior y sus intenciones al decretar el jubileo: consideraremos, en primer lugar, la Redención en cuanto revelación del amor divino; pasaremos luego a analizar las etapas de la Alianza entre Dios y el hombre y su consumación en el misterio pascual, y terminaremos haciendo referencia a la reconciliación en cuanto realidad alcanzada por Cristo y comunicada a la humanidad que peregrina sobre la tierra.

Con respecto al método que vamos a seguir, digamos solamente que tendremos en cuenta tanto las grandes encíclicas como —y, en parte, especialmente— las alocuciones y homilías. Procuraremos, por lo demás, dejar hablar al Pontífice limitando nuestra intervención a la selección de textos, al esquema y a los comentarios que consideremos imprescindibles. Por esa razón hemos tenido en cuenta sólo sus actos magisteriales, sin entrar a estudiar los escritos y alocuciones de la época anterior a su elección al Sumo Pontificado.

1. *La Revelación, revelación del insondable amor de Dios*

Juan Pablo II posee un agudo sentido de la historia, sea de la historia en su conjunto —ya que en todo momento se reconoce situado en un proceso o economía de salvación—, sea de cada *kairós*, de cada momento del acontecer en cuanto dotado de sentido y portador de invitación o llamada. Su Magisterio sobre la Redención es un magisterio situado cronológicamente en las cercanías —como repite con frecuencia— del año 2000, del comienzo del tercer milenio a partir de los acontecimientos redentores, y dirigido por tanto a una humanidad que ha escuchado ya ese anuncio y corre el riesgo acostumbrándose a él, de desconocer su fuerza salvadora. Más aún, de definirse a sí misma como humanidad post-cristiana, como humanidad que considera superado el cristianismo y busca en otras fuentes las energías para su liberación. E incluso como humanidad que considera la negación de Dios como condición necesaria para su propia afirmación.

El hombre contemporáneo parece haber «perdido notablemente el sentido del esfuerzo del espíritu, cuyo fruto es el hombre visto

en sus dimensiones interiores»³, lo que, en ocasiones, le lleva a sentir «la tentación del rechazo de Dios en nombre de la propia humanidad»⁴. Parece como si, al considerar la posibilidad de que Dios llegue a ser «todo en todas las cosas», se estremeciera pensando «¿qué quedará para mí, hombre?»⁵. La humanidad de nuestros días es una humanidad que, como la de todos los tiempos, busca la salvación, pero que la busca excluyendo precisamente aquello que podría otorgársela. Una humanidad por consiguiente que experimenta «la muerte del hombre nacida de la muerte de Dios en el pensamiento humano, en la conciencia humana, en el actuar humano»⁶, y que, por consiguiente, se ve abocada al «abismo de la desesperación y del hastío», cuando no busca refugio en un «estéril y autodestructor deleite de los sentidos»⁷.

Esa situación espiritual reclama un anuncio de Cristo Redentor y Salvador del hombre no sólo decidido, sino clarificador: un anuncio, en suma, que ponga de manifiesto esa riqueza del mensaje de la Redención que nuestra cultura parece haber perdido y que, de esa forma, suscite de nuevo la atención y ayude a mirar a Jesucristo «con ojos nuevos»⁸. No resulta, por eso, sorprendente que el Magisterio de Juan Pablo II sobre el misterio de la Redención tenga no tanto el tono de un mero anuncio, cuando el de una reflexión encaminada a subrayar su carácter de revelación, su condición de acontecimiento que manifiesta y desvela aquellas realidades en las que estriba el ser del hombre y de la historia⁹.

«¡Redentor del mundo! En El (Cristo) se ha revelado de un modo nuevo y más admirable la verdad fundamental sobre la creación que testimonia el Libro del Génesis cuando repite varias veces: *Y vio Dios ser bueno*»¹⁰. Con estas palabras se inician los párrafos de la *Redemptor hominis* destinados a exponer el misterio de la Reden-

3. Alocución en la audiencia general del 28-II-79, n. 3 (*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. II-1, p. 477).

4. Discurso a la Conferencia Episcopal de Francia, París, 1-VI-1980, n. 3 (AAS 72, 1980, p. 727).

5. Homilía en el Santuario del Amor Misericordioso, Collevalenza, 22-XI-1981, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. IV-2, p. 718-719).

6. Homilía en la catedral de Turín, 13-IV-1980, n. 5 (AAS 72, 1980, p. 291).

7. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia Romana, comentando el significado del Año de la Redención, 23-XII-1982, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 210).

8. Homilía a los estudiantes durante la visita a Costa de Marfil, 11-V-1980, n. 5 (AAS 72, 1980, p. 536).

9. Hemos tenido ya ocasión de señalar la importancia del concepto de revelación en la enseñanza de Juan Pablo II en nuestro escrito *Revelación y encuentro con Cristo*, en «Salmanticensis», 30 (1983) 295-307.

10. Enc. *Redemptor hominis*, n. 8 (AAS 71, 1979, p. 270).

ción, principio de vida de la Iglesia y razón de ser de su misión. En Cristo tiene la historia su punto decisivo y en El la revelación se consuma y llega a plenitud. Dos son, como es bien sabido, las dimensiones que, según la enseñanza de Juan Pablo II, estructuran esta revelación que la Redención trae consigo:

1.º En primer lugar, y ante todo, una dimensión divina. La Redención, la entrega de Cristo, Hijo de Dios Padre, iniciada en la Encarnación y consumada en la Cruz, nos da a conocer «el más profundo rostro de Dios», nos manifiesta que Dios no es sólo juez, sino más radicalmente Padre¹¹. La Redención «nos revela hasta lo último el amor de Dios al hombre»¹²: en ella se pone de manifiesto, con fuerza inquebrantable, que Dios ama con un amor «más grande que el pecado», «más fuerte que la muerte», con su amor «siempre dispuesto a aliviar y a perdonar», «siempre dispuesto a ir al encuentro del hijo pródigo», con un amor «más grande que todo lo creado», porque Dios mismo es amor¹³. El misterio de la Redención no es «una mera abstracción teológica»¹⁴: es «diálogo de salvación que se inicia con el conocimiento del amor de Dios, hecho visible en la Encarnación»¹⁵; es «realidad incesante, mediante la cual Dios abraza al hombre en Cristo con su eterno amor, y el hombre reconoce este amor, se deja guiar e impregnar por él, permite ser transformado interiormente por él, y por medio de él se convierte en *una criatura nueva* (2 Cor 5,17). De este modo, el hombre creado de nuevo por el amor que le ha sido revelado en Cristo, levanta la mirada de su alma hacia Dios y profesa con el Salmista: *copiosa apud eum redemptio!*; en él hay redención abundante (Sal 130,7)»¹⁶.

2.º En segundo lugar, y como consecuencia, una dimensión humana. Al revelar el amor de Dios hacia los hombres, y un amor llevado hasta el extremo de la entrega a la muerte del propio Hijo eterno de Dios Padre, la Redención provoca admiración y maravilla no sólo respecto a ese amor, sino respecto al hombre que de él es objeto:

11. Homilía en la parroquia de Santa Cruz de Jerusalén, Roma, 25-III-1979, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 720).

12. Alocución en el Via Crucis del Viernes Santo, 17-IV-1981, n. 2 (AAS 73, 1981, p. 298).

13. Enc. *Redemptor hominis*, n. 9 (AAS 71, 1979, p. 273).

14. Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 27-III-1983, n. 2 (AAS 75, 1983, p. 417).

15. Discurso a un grupo de obispos de Estados Unidos en su visita *ad limina*, 19-IX-1983, n. 4.

16. Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 27-III-1983, n. 2 (AAS 75, 1983, p. 417).

«¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha *mercido tener tan grande Redentor* (Misal Romano) si Dios ha dado a su Hijo, a fin de que él, el hombre, *no muera, sino que tenga la vida eterna!* (cf. Jn 3,16)»¹⁷. «A través de la Cruz el hombre ha podido comprender el sentido del propio destino, de la propia existencia sobre la tierra. Ha descubierto cuánto lo ha amado Dios. Ha descubierto, y descubre continuamente, a la luz de la fe, la grandeza de su ser. Ha aprendido a medir la propia dignidad con la medida de aquel sacrificio que Dios ha ofrecido en su Hijo para la salvación del hombre»¹⁸. La Redención, a la par que manifiesta «el más profundo rostro de Dios», da a conocer también «el rostro integral del hombre»¹⁹, la «verdad total» sobre el hombre²⁰, las «raíces profundas» de su persona²¹.

Al valorarse a sí mismo desde la perspectiva de la Redención el hombre aprende que no está encerrado en el mundo, puesto que tiene acceso «a aquello que propiamente le supera». «Precisamente en esto se muestra su peculiar dignidad» y «el sublime poder de la gracia»: en que la «verdadera grandeza» del hombre no es una grandeza meramente humana sino «don que procede del Espíritu Santo», plenitud divina a la que tiene derecho no por sí mismo sino en virtud de Cristo²². La Navidad, conmemoración de la Encarnación del Verbo es, por esto, también «la fiesta del hombre... Nace el hombre... El hombre, objeto del cálculo, considerado bajo la categoría de la cantidad... uno entre millones y, al mismo tiempo, uno, único e irrepetible... alguien eternamente ideado y eternamente elegido; alguien llamado y denominado por su nombre»²³.

La consideración de la Encarnación, aún en la generalidad de su

17. Enc. *Redemptor hominis*, n. 10 (AAS 71, 1979, p. 274). Sobre las relaciones entre conocimiento antropológico y teológico, también con relación a Juan Pablo II, puede consultarse nuestro estudio *Incidenza antropologica della Teologia*, en «Divus Thomas», 84 (1981) 303-329.

18. Homilía en el Santuario de la Santa Cruz, Mogila, Polonia, 9-VI-1979, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 1.504).

19. Alocución a profesionales, universitarios y obreros, Libreville, 18-II-1982, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. V-1, p. 602).

20. Discurso a la Conferencia Episcopal de Francia, París, 1-VI-1980, n. 3 (AAS 72, 1980, p. 726).

21. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia romana, 23-XII-82, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 211).

22. Homilía dirigida a sacerdotes y seminaristas, Fulda, 17-XI-1980, n. 8 (*Insegnamenti*, vol. III-2, p. 1.285). Ver también la alocución en la audiencia general del 23-XI-1983, n. 3, donde subraya como la Redención en Cristo «posee al mismo tiempo las dos notas de la absoluta gratuidad y de la sorprendente analogía con la naturaleza íntima del hombre».

23. Mensaje de Navidad, 25-XII-1978, n. 1 (AAS 71, 1979, p. 66).

misterio —es decir el hacerse hombre del Hijo de Dios visto sin fijar la atención en la vida humana que de hecho vivió— es ya manifestación de ese amor de Dios y de esa grandeza del hombre a las que acabamos de referirnos. Esa revelación llega no obstante a su término cuando contemplamos la vida entera de Jesús y, más concretamente su muerte en la Cruz: ahí es, en efecto, donde acontece la revelación suprema del amor de Dios. Con su anonadamiento, «Cristo nos ha dicho quién es Dios más aún que en todo el Evangelio». Las palabras y la actividad de Jesús en Getsemaní y en el Calvario están dotadas de singular elocuencia. En esos momentos Jesús se manifiesta con todas sus consecuencias, incluida la muerte, hijo del hombre, y habla por tanto de manera que conquista los corazones humanos. En la Cruz «la revelación de Dios se hace penetrante», capaz de llegar hasta lo más hondo, capaz de atraer hacia la verdad que manifiesta: el amor de Dios²⁴.

A ello contribuye no sólo esa prueba definitiva del amor que consiste en el perdón y en la donación llevada hasta la muerte, sino además el hecho, misterioso y extremadamente profundo, de que, en la Pasión y en la Cruz, Dios se nos presenta en la debilidad. Lo que el simple espectáculo o consideración del poder no sería capaz de provocar en el hombre —la entrega rendida de la propia existencia—, puede alcanzarlo el anonadamiento, que pone de manifiesto que el poder no es dominio, sino garantía de la fuerza y la eternidad del amor: «Era necesaria la revelación de esta *debilidad* extrema de Dios, para que se pudiera manifestar su poder. Era necesario que en la historia de la humanidad ocurriera la *muerte de Dios*, para que El pudiera permanecer en nuestras almas como fuente de la Vida *que salte hasta la vida eterna* (Jn 4,14)»²⁵.

Los acontecimientos de la Pasión —dirá la *Dives in misericordia*— «introducen en todo el curso de la revelación del amor y de la misericordia, en la misión mesiánica de Cristo, un cambio fundamental». Cristo se presenta ahora no ya como el que «pasó haciendo el bien» (cfr. Act 10,32), el que curó dolencias y enfermedades, sino como el que necesita consuelo, como el que «parece merecer ahora la más grande misericordia y apelarse a la misericordia»²⁶. Dios se manifiesta así no como el poderoso, al que todo lo ajeno le resulta tal vez indi-

24. Palabras en el Angelus del 8-IV-1979, festividad del Domingo de Ramos, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 828).

25. *Ibidem*.

26. Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 2 (AAS 72, 1980, p. 1200).

ferente, sino como Aquel que es, en plenitud de sentido, capaz de recibir amor... y de devolver amor.

En suma, y con frase sintética, «redimir quiere decir dar de nuevo, contemporáneamente, el hombre a Dios y Dios al hombre. Redimir quiere decir también devolver el hombre a sí mismo»²⁷. La Redención es, por eso: a) «el cumplimiento de toda la revelación divina, porque en ella se ha verificado lo que ninguna criatura habría podido nunca pensar ni hacer: o sea, que Dios inmortal, en Cristo, se inmoló en la Cruz por el hombre y que la humanidad mortal ha resucitado en El»; b) «la suprema exaltación del hombre, ya que lo hace morir al pecado con el fin de hacerlo partícipe de la vida misma de Dios»; c) el conferimento de «plenitud de significado» a «cada existencia humana y a la historia entera de la humanidad» en virtud de «la inquebrantable certeza de que *tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3,12)»²⁸.

Tal es la significación, profundamente divina y humana, de la Redención y la verdad, por consiguiente, en la que debe centrar su atención la teología contemporánea, a fin de poner de manifiesto toda su riqueza, y contribuir de esa forma a que el hombre de hoy, que conoce la tentación del materialismo y del nihilismo, pero que experimenta a la vez una profunda insatisfacción ante las ideologías inmanentistas y advierte en su interior el deseo de «la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad», más aún «la sed de absoluto», pueda reconocer que en Cristo está «la única respuesta» a sus afanes²⁹. Tal es la realidad que debe anunciar y predicar la Iglesia, a fin de «dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo», a fin de «ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad

27. Mensaje de Navidad, 25-XII-1982, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 225).

28. Bula *Aperite portas Redemptori*, 6-I-1983, n. 10 (AAS 75, 1983, p. 100-101).

29. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia romana, 23-XII-82, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 210). Este es el cometido que proponía el 18-XI-1980 a los teólogos reunidos en Altötting, donde indicaba que el orden interno de las verdades teológicas reclama una «concentración en Dios y en su salvación dirigida a los hombres» (AAS 73, 1981, p. 101-102); y, aún más netamente, el 1-XI-1982, en Salamanca, donde afirmaba que, ante la situación de la cultura actual, «la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: *el misterio de Dios*, del Dios Trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-Amor; *el misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; *el misterio del hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada, lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida» (AAS 75, 1983, p. 261).

de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús», de modo que «todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella»³⁰.

2. *Presupuestos de la doctrina sobre la Redención*

«La Redención compendia todo el misterio de Cristo y constituye el misterio fundamental de la fe cristiana, el misterio de un Dios que es Amor, y se ha revelado como Amor en el don de su Hijo cual víctima de *propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 4,8-10)»³¹. Estas palabras, que pueden servir de punto final a lo dicho hasta ahora, nos permiten dar un paso adelante, ya que —al igual que otras ya citadas— ponen de manifiesto que el misterio en la Redención tiene valor y carácter de resumen o síntesis, ya que sobre él grabita todo el resto del dogma cristiano. La predicación de Juan Pablo II así lo presupone e implica en todo instante. De hecho, el actual Pontífice procede en su Magisterio no de forma analítica, sino sintética. Su preocupación fundamental no es la de afirmar este o aquel aspecto de la verdad cristiana, sino más bien la de hacer sentir su profunda unidad, mostrando cómo cada uno de esos aspectos se entiende desde el todo y contribuye a su vez a hacer inteligible la totalidad.

Conviene no olvidarlo. Resulta por eso oportuno señalar que sus enseñanzas sobre la Redención se iluminan a partir, entre otros, de tres presupuestos fundamentales, a los que podemos designar con los calificativos de cristológico, antropológico e histórico-salvífico.

a) *Presupuesto cristológico*

Las afirmaciones de la fe cristiana sobre Cristo como Redentor que dota a la historia de sentido, reposan sobre el reconocimiento de su divinidad. «¿Cómo nos atrevemos a decir esto, queridos amigos?», se preguntaba Juan Pablo II en París, después de haber referido algunos aspectos de la soteriología cristiana. «La vida terrena de Cristo

30. Enc. *Redemptor hominis*, nn. 10 y 13 (AAS 71, 1979, p. 275 y 282).

31. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia romana, 23-XII-1982, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 210).

—proseguía— fue breve, y más breve todavía su actividad pública. Pero su vida es única, su personalidad es única en el mundo. No es para nosotros solamente un hermano, un amigo, un hombre de Dios. Reconocemos en El al Hijo único de Dios, que es una sola cosa con Dios Padre y que el Padre ha dado al mundo»³². El pueblo de Israel esperaba al Mesías, la entera humanidad soñaba con un salvador. La realidad trascendió esas expectativas: Cristo no es «sólo el Hombre, descendiente de David, sino el que existe en la naturaleza divina»³³; es «la revelación plena y definitiva del advenimiento de Dios en la historia del hombre. Dios viene al hombre literalmente. No ya mediante las obras de la creación, esto es, a través del mundo que habla de El. No ya sólo mediante los grandes jefes del Pueblo de la Antigua Alianza. Dios viene al mundo de modo mucho más radical y definitivo: viene por el hecho de que El mismo se hace Hombre, Hijo del hombre»³⁴.

Cristología y soteriología son inseparables: Cristo no es inteligible prescindiendo de su misión —«iluminados por la fe, no debemos mirar tan sólo la figura del Mesías, sino también a esta función suya que concierne a la humanidad en general y a cada uno de nosotros en particular»³⁵—, y, recíprocamente, el don que nos otorga no es comprensible sino a partir de su persona, ya que consiste en esa comunicación de Dios que constituye su propio ser. Este es el misterio de Cristo: que «el Hijo de Dios se hizo hombre, a fin de que todo hombre pueda convertirse en hijo adoptivo de Dios, hijo de Dios por la gracia y el amor»³⁶.

32. Mensaje a los jóvenes, París 1-VI-1980, n. 6 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 1614).

33. Homilía en el Domingo de Ramos, 27-III-1983, n. 4 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 822). Idénticas palabras en la alocución en la audiencia general del 13-IV-1983, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 935). Un amplio desarrollo de este tema en las alocuciones en las audiencias generales de los días 14, 21 y 28-XII-1983.

34. Homilía a los universitarios, Roma 18-XII-1979, n. 6, (*Insegnamenti*, vol. II-2, p. 1458).

35. Homilía en Grottaferrata, 9-IX-1979, n. 2 (*Insegnamenti* vol. II-2, p. 282).

36. Palabras en el Angelus del 22-VI-1980, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 1817). De ahí la necesidad de una predicación que se ajuste a la verdad dogmática, sin reduccionismos cristológicos, que privarían al mensaje cristiano sobre la Redención de toda su eficacia, más aún de su contenido. Sobre este tema, ver, por ejemplo, entre otros muchos textos, las palabras pronunciadas en el Discurso de apertura a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 28-I-1979, apartado I, nn. 2-5 (AAS 71, 1979, pp. 189-192), o las indicaciones contenidas en la Exhort. Apostólica *Catechesi tradendae*, 16-X-1979, nn. 29-30 (AAS 81, 1979, pp. 1300-1303).

b) *Presupuesto antropológico*

Ese mensaje sobre la Redención, sobre la llamada del hombre a hijo de Dios en Cristo, es mensaje que afecta al hombre desde la raíz porque entronca con el rasgo más íntimo y profundo de su ser: con su carácter de imagen de Dios. Tal es la «afirmación primordial» que, gracias al Evangelio, enuncia la Iglesia respecto al hombre: que es «imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana»³⁷. Tal es «la verdad sobre el hombre, el misterio del hombre, su vocación última y más sublime: la vocación de todo hombre, incluso de aquel en que la humanidad no llegue a desarrollarse de modo completo y normal; de todo hombre sin excepción, sin tener en cuenta las diferencias de cualificación o de grados de inteligencia, de sensibilidad o de rendimiento físico, sino en virtud de su misma humanidad, del hecho de ser hombre. Pues gracias a ello, gracias a su misma humanidad, es la imagen y semejanza del Dios infinito»³⁸.

En términos más genéricos, el hombre es espíritu, ser hecho para la comunicación y, por tanto, para el amor, es decir para una entrega en la que «el hombre se convierte en don y —mediante ese don— realiza el sentido mismo de su ser y existir»³⁹. Verdad decisiva, pero que el hombre puede olvidar. El anuncio cristiano de la Redención es un anuncio que, al elevar al hombre, lo sitúa ante su verdad: anuncio de la llamada a una comunicación suprema con Dios, que lo libera de la tentación y el error de considerarse a sí mismo como ser que se realiza en virtud a partir de su propia interioridad, lo que le condenaría a la soledad y, a fin de cuentas, a la desesperación y al aniquilamiento, para situarle ante la autenticidad de su ser de persona hecha para la comunicación y la entrega. La palabra cristiana revela el hombre al propio hombre, le da a conocer la profundidad de su ser, y ello como requisito o presupuesto indispensable para

37. Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 28-I-1979, apartado I, n. 9 (AAS 71, 1979, pp. 195-196). Este tema, en el segundo de sus aspectos, ha sido ampliamente desarrollado en la Enc. *Laborem exercens*; remitimos al respecto a nuestro estudio *Trabajo, historia y persona. Elementos para esa teología del trabajo en la «Laborem exercens»*, en «Scripta Theologica» 15 (1983), 205-238.

38. Homilía durante una concentración de obreros, París, 31-V-1980, n. 2 (AAS 72, 1980, pp. 708-709).

39. Alocución en la Audiencia general del 16-I-1980, n. 1. (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 148). Se trata de una de las audiencias dedicadas a comentar los primeros capítulos del Génesis, a lo largo de las cuales volvió repetidas veces sobre la comunicabilidad como rasgo esencial del existente humano.

que pueda entender y recibir el don supremo que ofrece y manifiesta: el de un Dios que es Amor⁴⁰.

c) *Presupuesto histórico-salvífico*

El anuncio de la Redención no acontece en el vacío, sino en el espacio y el tiempo, como realidad divina y humana en la que los hilos del acontecer se sueldan y son llevados a su última resolución. Presupone, pues, la entera historia de la salvación, con la que entronca y a la que perfecciona. Pero este punto, del que depende el concepto mismo de Redención, requiere un desarrollo más detenido.

3. *Creación, pecado, Redención: etapas de la Alianza*

Cualquiera que frecuente los escritos de Juan Pablo II no tardará en advertir el papel decisivo que en su predicación adquiere la referencia a los orígenes, a los acontecimientos primordiales. Su sentido de la historia es, como ya dijimos, muy vivo, y por tanto lo es también su conciencia de la novedad de ser que en esa historia puede acaecer y acaece. Pero si su sentido de la historia es agudo, también lo es su conciencia de la unidad del designio salvador de Dios: en la historia hay, ciertamente, crecimiento, desarrollo, novedad, aparición de lo inesperado, pero todo ello es fruto de un Amor divino, eterno como Dios mismo, cuyo sentido final está presente —aunque sólo sea de forma germinal o incoada— desde el inicio mismo de la creación. La Redención se nos presenta así como «creación renovada», como Alianza llevada a plenitud⁴¹. Pero veamos con detalle las etapas del proceso al que acabamos de aludir.

La obra salvífica realizada por Cristo no es una simple elevación, sino, precisamente, redención, liberación de un previo estado de prostración y caída. No puede ser entendida en toda su plenitud sino por referencia al pecado, de cuya esclavitud libera. Pero explicar la

40. A este trasfondo antropológico del dogma de la Redención ha dedicado Juan Pablo II diversas alocuciones pronunciadas en las audiencias generales de finales de 1983, concretamente las de los días 12, 19 y 26 de octubre y 9, 16, 23 y 30 de noviembre.

41. Cfr. Enc. *Redemptor hominis*, n. 8 (AAS 71, 1979, pp. 270-272). Ecos de esa enseñanza se encuentran en múltiples textos posteriores; además de otros que citaremos más adelante, remitamos a la alocución a representantes de asociaciones laicales, Roma, 20-XI-1983, nn. 3-4, y al Mensaje de Madrid, 25-XII-1983, nn. 1-2.

Redención sólo a partir del pecado, sería cercenar la historia. Más aún, adulterar su sentido, ya que equivaldría, de forma al menos implícita, a atribuir al pecado valor de estructura primordial. Y el pecado no es un acontecimiento originario, ya que nos remite a realidades anteriores, desde las que puede y debe ser valorado. «Es imposible entender el estado pecaminoso *histórico*, sin referirse o remitirse al estado de inocencia original (en cierto modo *prehistórica*) y fundamental. El brotar, pues, del estado pecaminoso, como dimensión de la existencia humana, está, desde los comienzos, en relación con esta inocencia real del hombre como estado original y fundamental, como dimensión del ser creado *a imagen de Dios*... El hombre histórico está, por así decirlo, arraigado en su prehistoria teológica revelada»⁴².

En el transfondo último de la entera realidad creada, se encuentra el amor de Dios: la creación en cuanto libre decisión y obra divinas, más aún en cuanto obra de amor. Entendida en toda su profundidad «no sólo metafísica, sino también plenamente teológica», «la creación, como obra de Dios, significa no sólo llamar de la nada a la existencia al mundo y al hombre en el mundo, sino que significa también donación; una donación fundamental y radical, es decir, una donación en la que el don surge precisamente de la nada»⁴³.

El término donación no está empleado al acaso, sino con toda intención y atribuyéndole un claro valor personalista: sólo —aclara Juan Pablo II— puede hablarse con propiedad de don o regalo con respecto a quien puede recibir algo como realidad donada y corresponder al amor que el don manifiesta con un nuevo amor. «La creación es un don —prosigue el texto— porque en ella aparece el hombre que, como *imagen de Dios*, es capaz de comprender el sentido mismo del don en la llamada de la nada a la existencia. Y es capaz de responder al Creador con el lenguaje de esta comprensión»⁴⁴. La creación, y el estado de verdad, paz y armonía —justicia original— que, como enseña la fe cristiana, la acompañó, son, pues, Alianza, vinculación primera entre Dios y el hombre.

Más aún, Alianza en la que Dios empeñó su palabra en orden a realizaciones más plenas: «El acto creador de Dios se colocaba ya en el *misterio escondido* de Cristo (cfr. Ef 1,9), era su primera y originaria revelación y realización. Este acto creador daba comienzo a la

42. Alocución en la audiencia general del 26-IX-1979, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. II-2, p. 379).

43. Alocución en la audiencia general del 2-I-1980, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. III-1, pp. 13 y 14).

44. *Ibidem*, n. 4 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 14).

realización de la voluntad divina que nos había elegido *antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El en caridad, y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo* (ib., 1,4-5). La creación del hombre, por así decirlo, estaba ya inserta en la elección eterna de Cristo. Por esta razón la persona humana se hacía ya, desde el principio, partícipe del don de la filiación divina, gracias a Aquel que, desde la eternidad, era amado como Hijo»⁴⁵.

La Alianza, el diálogo entre Dios y la humanidad «lo interrumpió el hombre con el pecado». La desarmonía, la ruptura interior, la incapacidad para dar vida a una comunión en la verdad y en el amor, se introdujeron así en el mundo. Esa interrupción del diálogo no es, sin embargo, definitiva. «Dios, en su misericordia, ha querido abrirlo de nuevo, dirigiéndose nuevamente a nosotros con la Palabra misma de su amor eterno, el Verbo consubstancial que, haciéndose hombre y muriendo por nosotros, nos ha puesto de nuevo en comunicación con el Padre»⁴⁶. En Cristo «el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría y el Amor», que en Adán quedó roto, «ha quedado unido de nuevo»⁴⁷. En El y por El la Alianza ha adquirido «su definitiva forma perfecta»⁴⁸: el nexa que une al hombre con Dios ha llegado a su culmen y adquirido una firmeza que lo hará durar hasta que llegue a su plena manifestación en la escatología.

4. Encarnación, Cruz y Resurrección

Al colocar la obra salvífica de Cristo en la perspectiva de la creación y del pecado, y entenderla por tanto en la totalidad de sus dimensiones, se reafirma y refuerza su carácter de revelación del amor de Dios: resulta así patente la hondura y profundidad de ese amor, que es más fuerte que la ingratitud, que el desamor, que la infidelidad. Se trata, en suma, de un amor que alcanza el nivel de la misericordia, ya que ésta no significa otra cosa sino «una potencia especial del amor,

45. Alocución en la Audiencia general del 6-VII-1983, n. 1.

46. Homilía en la parroquia de San José Cafaso, Roma, 1-II-1981, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. IV-1, p. 215).

47. Enc. *Redemptor hominis*, n. 8 (AAS 71, 1979, p. 270).

48. Homilía en la parroquia de S. Roberto Belarmino, Roma, 2-III-1980, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 504).

que prevalece sobre el pecado y la infidelidad», un «amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte»⁴⁹. Cristo, y Cristo en la Cruz, es la manifestación suprema del amor de Dios, de ese «amor misericordioso más potente que cualquier mal que se acumula sobre el hombre y sobre el mundo»⁵⁰.

La condición humana en su historicidad concreta, marcada por el pecado, el dolor y la miseria, nos hace entender que el amor divino, que aspira a realizar la comunicación y la Alianza, ha de manifestarse, hoy y ahora, como compasión, como misericordia, para iniciar así un proceso que supere la miseria y conduzca hacia la filiación y la plenitud del mismo amor. «Es el cumplimiento escatológico —escribe Juan Pablo II, expresando con frase neta el profundo sentido de esta dialéctica—, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre —que es a la vez historia de pecado y de muerte— el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal»⁵¹.

Pero la referencia al pecado y, en términos más amplios, a la historia de la salvación, lleva no sólo a una mayor comprensión de la profundidad del amor divino, sino a considerar la vertiente humana del misterio de la Redención, y ello no sólo en cuanto revelación del destino y de la dignidad del hombre, sino en cuanto participación de lo humano en la realización de ese destino. Porque el Hijo eterno de Dios Padre manifiesta el amor divino y realiza su misión redentora precisamente haciéndose hombre, asumiendo la condición humana en esa plena historicidad. La obra de Cristo no consiste sólo en revelar el amor divino, sino también en realizar el destino del hombre, en recorrer el camino hacia la salvación. A los aspectos gnoseológico-manifestativos se unen así los históricos-sacrificiales.

La Redención se ha realizado en el tiempo»⁵², ha sido llevada a cumplimiento a través de acontecimientos singulares, local y cronológicamente determinados. A decir verdad «todo el tiempo es de Dios, toda la historia desarrolla en el tiempo el designio divino de salvación, todos los años de la historia y todos los días del año dis-

49. Enc. *Dives in misericordia*, nn. 4 y 8 (AAS 72, 1980, pp. 1187 y 1204).

50. Palabras en el Angelus, Collevanza, 22-XI-1981, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. IV-2, p. 724).

51. Enc. *Dives in misericordia*, n. 8 (AAS 72, 1980, p. 1205).

52. Mensaje de Navidad, 25-XII-1982, n. 5 (AAS 75, 1983, p. 225).

curren sobre una trama fijada por Dios, realizando ontológicamente su dominio, su realeza»⁵³. Pero esa realidad no excluye la importancia trascendental de acontecimientos concretos y singulares; al contrario, la presupone: es la intervención de Dios en momentos determinados lo que nos revela y da a conocer el valor insustituible de cada instante, en cuanto momento o parte de un proceso que es precisamente el de la Alianza y la Redención. «La fe cristiana da al hombre una conciencia nueva de la sacralidad del tiempo, de la historia y de la vida, porque le hace descubrir el *misterio escondido desde los siglos* (Col 1,26), esto es, el designio salvífico de Dios, que comenzó en la Encarnación, se realizó plenamente en la cruz y se ha desarrollado progresivamente en la historia, especialmente por medio de la obra de la Iglesia, desde la Ascensión hasta la Parusía, es decir, hasta el retorno de Cristo como Rey de eterna gloria»⁵⁴.

La sacralidad cristiana no tiene sólo raíces metafísicas —la dependencia ontológica del mundo con respecto a su creador— sino históricas, ya que remite a hechos salvíficos, a acontecimientos salvadores. Es, por eso, no sólo teológica, sino cristológica, ya que Dios ha actuado en Cristo y por Cristo. «Jesucristo es el protagonista, es siempre el único y verdadero protagonista en toda la obra de la Redención humana»⁵⁵. Es «el centro del cosmos y de la historia»⁵⁶. «Cristo, *Rey inmortal de los siglos* (1 Tim 1,17), domina la historia y a través de El, el tiempo vuelve a entrar en la eternidad, esto es, encuentra de nuevo su fuente y, en el fondo, su misma explicación y justificación»⁵⁷.

Dejando para un apartado siguiente la consideración de la acción de Cristo en su condición celeste, centremos ahora la atención en los sucesos de su vida terrena hasta culminar en la Resurrección, y más concretamente en los tres momentos decisivos de los que Juan Pablo II, aunque haya hecho referencia también a otros momentos de la vida de Jesús, nos ha hablado especialmente: la Encarnación, la Cruz, la Resurrección⁵⁸. Sigámoslo en sus consideraciones.

53. Alocución en la audiencia general del 16-II-1983, n. 4 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 432).

54. *Ibidem* (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 432).

55. Alocución en la audiencia general del 23-II-1983, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 793).

56. Enc. *Redemptor hominis*, n. 1 (AAS 71, 1979, p. 257).

57. Alocución en la audiencia general del 16-II-1983, n. 4 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 432).

58. Esos tres acontecimientos son, por lo demás, los de mayor trascendencia, y, por consiguiente, los de mayor relevancia litúrgica, lo que condiciona a su vez una enseñanza que, como la del Romano Pontífice, se desarrolla al ritmo del vivir de la

a) *La Encarnación del Hijo de Dios*

Entre esos tres momentos que acabamos de mencionar —Encarnación, Cruz, Resurrección— hay diferencias esenciales, no sólo en su significación, sino también en cuanto a su misma entidad como acontecimientos. De ellos, la Cruz es, sin duda alguna, el que más claramente manifiesta el aspecto humano de la Redención, ya que en ella, el sufrir, el conocer y el amar humanos de Jesús se sitúan en primer plano. En la Encarnación, considerada no como estado, sino como acontecimiento, es decir como instante en el que el Hijo de Dios se hace presente en el seno de María, nos encontramos no ante una acción de Cristo hombre, sino ante su misma constitución. Es, pues, acontecimiento que realiza y revela de manera particularmente profunda la cercanía de Dios: fue ahí cuando esa cercanía irrumpió en la historia. Momento también en el que, como gustaban de decir los Padres, en especial los de tradición griega, Dios «toca» a la naturaleza humana y por tanto la salva de manera radical. Pero, desde la perspectiva en que ahora estamos situados —la de la obra salvífica llevada a cabo por el Verbo hecho carne—, se nos presenta no como realización sino más bien como preparación.

Así lo subraya Juan Pablo II. Jesucristo —afirma en texto ya citado— es el protagonista de la obra de la Redención. Y lo es —añade— «desde el primer momento, que es precisamente el de la Encarnación, puesto que, inmediatamente después del anuncio que trajo el Angel a María Santísima y, a consecuencia de la adhesión que Ella dio al mismo anuncio, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). La Encarnación, pues, es primicia de la Redención: el Verbo encarnado está ya dispuesto para la obra»⁵⁹. «En la Anunciación dio comienzo la Redención del mundo: el Enmanuel, Dios con nosotros, ese Cristo, que en la carta a los Hebreos *habla* al Padre diciendo: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad* (Heb 10,5-7). Así dice Cristo, Verbo eterno del Padre, Hijo suyo predilecto. En estas palabras está el comienzo de la Re-

Iglesia. Referencias a otros momentos de la vida de Jesús podemos encontrarlas en homilías en otras festividades (la Presentación, la Transfiguración, etc.), o en otros contextos pastorales (por ejemplo, el trabajo de Cristo en la *Laborem exercens*). Su consideración añadiría matices y aspectos valiosos, pero alargaría estas páginas más de lo debido.

⁵⁹. Alocución en la audiencia general del 23-III-1983, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 793).

dención del mundo y todo su plan hasta el final. La Redención del mundo está vinculada al cuerpo recibido de María y ofrecido en el sacrificio de la cruz, convertido después en el cuerpo de la resurrección»⁶⁰. Momento, pues, radical y fundante, pero que nos remite a sucesos posteriores a los que hace posibles y se ordena.

b) *El misterio de la Cruz*

«La Semana Santa —Semana en la Pasión del Señor— nos lleva a las fuentes mismas de nuestra fe. Cristo mismo es esta fuente. Es él quien ha adquirido de modo absoluto nuestra salvación precisamente a través de la cruz»⁶¹. En la Pasión y Cruz de Cristo llegan a su consumación tanto la manifestación del amor divino como la participación humana en la Redención.

Porque, repitámoslo, el misterio de Jesús no es sólo el misterio de Dios, sino el misterio de Dios hecho hombre, el misterio de Dios asumiendo lo humano. En la Pasión y la Muerte de Cristo la presencia de lo humano en esa Redención del hombre iniciada con la Encarnación alcanza su punto máximo. «Cristo-Hijo de Dios aceptó la muerte como parte inevitable de la suerte del hombre sobre la tierra. Jesucristo aceptó la muerte como consecuencia del pecado», para así «vencer al pecado», «vencer a la muerte en la esencia misma de su misterio perenne»⁶².

Debemos dirigir ahora la mirada, de modo directo e inmediato, no hacia la divinidad de Cristo, sino hacia su humanidad, aunque sin olvidar ni un momento que se trata de la humanidad que ha sido hecha suya por el Hijo de Dios. La entrega de Cristo en la Cruz se nos presenta así no sólo como manifestación del amor de Dios hacia el hombre, sino, al mismo tiempo, como expresión del amor del hombre hacia Dios. La ruptura de la armonía producida por la desobediencia de Adán es superada por la obediencia de Cristo. La «muerte del cuerpo y la muerte del espíritu humano» se introdujeron en

60. Homilía en la inauguración del Año de la Redención, 25-III-1983, n. 4 (AAS 75, 1983, p. 427); ver también la alocución en la audiencia general del 25-III-1981, n. 4 (*Insegnamenti*, vol. IV-1, pp. 765-766).

61. Palabras en el Angelus del 8-IV-1979, festividad del Domingo de Ramos, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 827).

62. Homilía en el miércoles de Ceniza, 28-II-1979, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 485). Estas perspectivas, con cuanto implican respecto al sentido que el dolor y la muerte adquieren a la luz de la Redención, están ampliamente desarrolladas en la *Salvifici doloris*, 11-II-1984, nn. 14-18.

la historia «a causa de la desobediencia a Dios, al Espíritu Santo», pero al llegar su hora, «Jesucristo aceptó la muerte en señal de obediencia a Dios, para restituir al espíritu humano el don pleno del Espíritu Santo»⁶³. En la Cruz se entrelazan el sí de Cristo a Dios en actitud de adoración y obediencia, de aceptación de la condición humana tal y como es recibida en herencia a partir del pecado, con el sí de Dios Padre a ese amor de Cristo, restituyendo en consecuencia a la humanidad en el estado de filiación y de amor que había perdido. En suma, el misterio de la Redención está constituido por «la obediencia al Padre hasta la muerte y el recíproco don del Padre dado generosamente en nombre de Cristo al hombre y a toda la creación»⁶⁴.

La Redención es, por eso, «nueva creación». El surgir del mundo, el aparecer del hombre en el estado de inocencia y justicia originales, fueron «el don primero y fundamental, dado por Dios al mundo y al hombre», don que fue dañado por el pecado, hasta que Cristo en la Cruz asumió el pecado y abrió «con su obediencia hasta la muerte la alianza nueva y eterna de Dios con el hombre: la nueva serie de dones dados al hombre en el Espíritu Santo, la nueva vida»⁶⁵. La creación primera fue don que constituyó al hombre; la «nueva creación» es don que Dios entrega incorporando al hombre en el proceso de la misma donación.

Estos textos, en los que resuenan con particular fuerza acentos ya antes recogidos cuando nos referimos por primera vez a la Redención como «creación renovada», giran en torno a una realidad fundamental en la que ahora resulta necesario detenerse: la libertad de Cristo en su entrega. Juan Pablo II es extremadamente consciente de estar ante uno de los núcleos centrales del dogma cristiano. De hecho ha querido dedicarle algunas de sus alocuciones de las audiencias generales del otoño de 1983, en plena celebración del Año jubilar y con clara intención de recordar verdades decisivas:

a) «Jesús fue al encuentro de la muerte voluntariamente». Jesús no sólo previó su muerte, sino que la aceptó y la aceptó «dándole significado de ofrenda hecha por los demás, por la multitud de los hombres». «La vida de Jesús es una existencia para los demás, una existencia que culmina en una muerte-por-los-otros, comprendiendo en los *otros* a la entera familia humana con todo el peso de la

63. Ibidem.

64. Homilía en la catedral de Varsovia, 16-VI-1983, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 1520).

65. Ibidem (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 1521).

culpa que lleva consigo ya desde los orígenes». Jesús vivió su muerte «como acto supremo y definitivo de donación al Padre», como «*summun* de la obediencia al designio de Dios que no ha mandado a su Hijo al mundo para juzgarlo sino para que el mundo sea salvado por El (Jn 3,17)». En resumen, «no hay duda de que Jesús concibió su vida y su muerte como medio de rescate (*lytron*) de los hombres... Jesús quiso darse por nosotros. Como escribió San Pablo, *me amó y se entregó por mí* (Gal 2,20)»⁶⁶.

b) La pasión y muerte de Cristo tienen, pues, valor de sacrificio, de «sacrificio agradable y acepto a Dios». Sacrificio realizado «en representación nuestra, en nuestro nombre y para nosotros, en virtud de la solidaridad con nuestra naturaleza que se ganó gracias a la Encarnación». Sacrificio realizado «en un acto de amor y obediencia espontánea, cumpliendo así el designio de Dios que lo había constituido en Nuevo Adán y mediador de su justicia salvífica y su misericordia para todos los hombres». Sacrificio que, en consecuencia, nos libera de la esclavitud del pecado, expía por nuestras faltas y nos reconcilia con Dios⁶⁷.

Pero —y con esta consideración se completa la descripción del misterio de la Cruz y se vuelve a manifestar la implicación entre lo divino y lo humano —si se debe subrayar la realidad del sufrimiento y de la obediencia de Cristo no se debe tampoco olvidar que es Dios quien reconcilia. El hombre «aspira a la reconciliación», pero es «incapaz de realizarla de por sí»: «con solas sus fuerzas no puede purificar el propio corazón, librarse del peso del pecado, abrirse al calor vivificante del amor de Dios». Es Dios quien toma la iniciativa, quien, «en su bondad, ha salido al encuentro del hombre», quien «ha obrado, de una vez para siempre, la reconciliación de la humanidad consigo mismo, perdonando las culpas y creando en Cristo un hombre nuevo, puro y santo. San Pablo subraya la soberanía de esta acción divina cuando, al hablar de la nueva creación declara: *todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo* (2 Cor 5,18). Y añade: *Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados* (5,19)»⁶⁸.

66. Alocución en la audiencia general del 14-IX-1983, nn. 1-4. Expresiones análogas respecto a la conciencia de Cristo con relación a su muerte, en la homilía del Domingo de Ramos, 30-III-1980, nn. 2-3 (AAS 72, 1980, pp. 275-277).

67. Alocuciones en las audiencias generales del 21-IX-1983, nn. 1-3 y del 28-XI-1983, nn. 1-4. Ver también la *Salvifici doloris*, nn. 17 y 18.

68. Alocución en la audiencia general del 13-IV-1983, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 934).

Amor, obediencia, justicia y misericordia se entrelazan íntima y profundamente en el drama de la Cruz. Dios no desconoce la realidad creada. Su justicia reclama la condenación y la destrucción del pecado. Y su misericordia hace posible la realización de esa justicia provocando que el amor de Dios Padre hacia los hombres llegue al extremo de decretar que el Hijo eterno Dios Padre se haga hombre y ofrezca, en cuanto hombre, el sacrificio de la suprema obediencia. «En la Pasión y Muerte de Cristo —en el hecho de que el Padre no perdonó la vida a su Hijo, sino que lo *hizo pecado por nosotros* (2 Cor 5,21)— se expresa la justicia absoluta, porque Cristo sufre la pasión y la cruz a causa de los pecados de la humanidad... Sin embargo tal justicia, que es propiamente justicia *a medida* de Dios, nace toda ella del amor: del amor del Padre y del Hijo, y fructifica toda ella en el amor, generando frutos de salvación... De este modo la santidad comporta la revelación de la misericordia en su plenitud»⁶⁹. «Lejos de ser un acto de crueldad o de severidad rigurosa, el gesto del Padre que ofrece al Hijo en sacrificio, es la cumbre del amor: *tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna* (Jn 3,16)... El Padre ha querido un sacrificio de reparación por las culpas de la humanidad, pero El mismo ha pagado el precio de este sacrificio, entregando a su Hijo. Con este don ha mostrado en qué medida El era Salvador y hasta qué punto amaba a los hombres. Su gesto es el gesto definitivo del amor»⁷⁰.

c) *Resurrección y novedad de vida*

«La Redención brota de la cruz y se completa en la resurrección»⁷¹. La obra de la Redención, fruto del designio eterno, iniciada en la Encarnación y consumada en la Cruz, tiene, en la pascua, su «cenit»⁷². Dios, que ha manifestado en la Cruz, al entregar a su propio Hijo a la muerte, su amor hacia los hombres, manifiesta en la Resurrección su poder, que aparece ahora, con toda claridad, como poder que consolida el amor. «La Resurrección de Cristo es la última y más plena palabra de la autorrevelación del Dios vivo como *Dios*

69. Enc. *Dives in misericordia*, n. 7 (AAS 72, 1980, pp. 1200-1201).

70. Alocución en la audiencia general del 13-IV-1983, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 936).

71. Mensaje en la festividad de la Pascua, 3-IV-1983, n. 2 (AAS 75, 1983, p. 510).

72. Homilía en la Vigilia Pascual, 18-IV-1981, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. IV-1, p. 970).

no de muertos, sino de vivos (Mc 12,27). Es la respuesta del Dios de la vida a lo inevitable histórico de la muerte, a la que el hombre está sometido desde el momento de la ruptura de la primera Alianza y que, juntamente con el pecado, entró en su historia»⁷³.

Cruz y Resurrección son inseparables: integran un acontecimiento único, en el que expresan, por así decir, el momento humano y el momento divino. Juan Pablo II lo señala con claridad en un texto que antes citábamos parcialmente y que ahora podemos reproducir por entero: «Por nosotros Cristo se hizo *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre* (Flp 2,8-3). ... Estas palabras, en la vigorosa expresión de Pablo, traducen aquello que constituye el misterio de la Redención realizada por Cristo. Lo constituyen *la humillación* del Hijo de Dios mediante la muerte de cruz. Y *la exaltación* mediante la resurrección. Lo constituyen la obediencia al Padre hasta la muerte y el recíproco don del Padre dado generosamente en nombre de Cristo al hombre y a toda la creación»⁷⁴.

La Resurrección es fruto, don otorgado, reconciliación alcanzada, novedad de vida, punto de llegada que inaugura la situación nueva y definitiva de la creación, ese término de plenitud al que Dios destinó la Alianza desde el principio y hacia el que, en su derroche de amor, no deja de conducirla por encima del mal y del pecado. Las palabras de Cristo en Cruz, «todo está consumado», no indican en modo alguno el agotarse de su misterio; al contrario, «en ese mismo instante el cumplimiento del designio salvífico de Dios abrió una nueva fase en la historia humana, que Cristo mismo había consagrado con su Resurrección de la muerte: el nuevo *kairós* de la certeza de la vida, fundada sobre esta demostración de la omnipotencia divina»⁷⁵.

La Resurrección «injerta en este mundo, sometido al pecado y a la muerte, el día nuevo: el día que hizo el Señor... Este día es el comienzo del futuro definitivo (escatológico) del hombre y del mundo, que la Iglesia profesa y al que conduce al hombre mediante la fe»⁷⁶. Al anunciar a su Señor vivo más allá de la muerte, venciendo

73. Alocución en la audiencia general del 27-I-1982, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. V-1, p. 228). La *Salvifici doloris*, nn. 17-18, amplía estas consideraciones.

74. Homilía en la catedral de Varsovia, 16-VI-1983, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 1520).

75. Alocución en la audiencia general del 6-IV-1983, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 898).

76. Alocución en la audiencia general del 9-IV-1980, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 838).

a la muerte, la Iglesia proclama que la creación ha entrado en su época última y definitiva, de la que ya no podrá decaer. «Cristo resucitado domina la escena de la historia y da una fuerza generadora de eterna esperanza a la vida cristiana, en este *kairós*, en esta edad escatológica que ha comenzado ya con la victoria sobre la muerte por parte de Aquel que fue *ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro* (1 Pe 1,20). Esta es la certeza que necesitaba el mundo en que los Apóstoles predicaban el Evangelio de Cristo; ésta es la esperanza que necesita la humanidad de nuestro tiempo»⁷⁷.

5. *La potencia reconciliadora de Cristo resucitado*

a) *La obra de la reconciliación*

Con la Resurrección de Jesucristo se ha instaurado la vida nueva y definitiva. Pero el tiempo aún no ha terminado. La historia terrena y el movimiento cósmico «continúan su curso», «el ciclo de la sucesión y del devenir no se ha detenido en absoluto». Y, lo que es más, ese curso, ese devenir «no se identifica con los ritmos de desarrollo del reino de Cristo»: «se repiten continuamente hechos y acontecimientos que hacen pensar en un conflicto insanable, aquí en la tierra, entre los dos reinos o, como decía San Agustín, entre las dos ciudades»; se interponen «obstáculos» y se hace «gala de indiferencia» ante «las fuerzas de la Redención introducidas en el mundo por Cristo». Pero todo ello es sólo un aspecto de la realidad, porque el tiempo definitivo ha verdaderamente comenzado, las fuerzas de la Redención manifiestan en todo momento su eficacia y, en el seno de esa «gran dialéctica histórica», los cristianos, «manteniéndose en la certeza de la fe y de la esperanza» están llamados a ser, «con Cristo y por Cristo, fuerza de regeneración, fermento de vida nueva»⁷⁸.

El proceso de la Redención continúa. La vida nueva traída por Cristo produce sus frutos, marcando hondamente la historia, anticipando y preparando, en el tiempo, la manifestación en plenitud que tendrá lugar en la escatología. Entre los diversos términos que la Es-

77. Alocución en la audiencia general del 6-IV-1983, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 899).

78. Alocución en la audiencia general del 6-IV-1983, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 900).

critura y la Tradición cristiana han empleado para referirse a esos frutos de la Redención, Juan Pablo II privilegia uno: «hay un modo de designar la obra de Cristo que para nosotros es el más claro e inteligible de todos y es el que surge de la experiencia de la *reconciliación*: por la muerte de Cristo hemos sido reconciliados con Dios. Autor de la reconciliación es Dios; Jesucristo ha sido el agente mediador; el hombre el destinatario. En efecto, la reconciliación desciende hacia el hombre y le llega mediante Jesucristo, creando en él un ser nuevo, haciéndolo pasar de un modo de existencia a otro, y abriéndole a la posibilidad de reconciliarse, además de con Dios, también con los hermanos»⁷⁹.

El anuncio de la Redención se presenta así como un grito de esperanza — ¡Cristo ha vencido! —, que afecta no sólo a las perspectivas últimas, a lo que acontecerá en la consumación de los tiempos, sino al hoy de la historia: ¡estamos reconciliados con Dios y esa reconciliación puede y debe cuajar en realidades! Es innegable que «en las dimensiones del mundo visible se manifiesta la más profunda contraposición entre el bien y el mal»⁸⁰. Cristo mismo dejó constancia de ello, como lo testimonian las palabras que nos transmiten los Evangelios, pero esos mismos pasajes bíblicos manifiestan que las palabras que el Señor pronunció «no se detienen ahí. Indican también un programa para superar el mal con el bien»⁸¹. El cristiano puede, pues, empeñarse en la promoción del bien y empeñarse con confianza cierta; el amor de Dios manifestado en Cristo, el perdón otorgado por Dios en Cristo, no tienen vuelta atrás. En Cristo «la unión del hombre con Dios se ha consolidado irreversiblemente. Tal unión que, en un tiempo, el primer Adán consintió fuese arrebatada en él a toda la humanidad, no puede ser quitada ya por nadie a la humanidad, desde que quedó enraizada y consolidada en Cristo, el segundo Adán. Pero eso mismo, la humanidad se convierte sin cesar, en Jesucristo, en una nueva criatura. Y esto es así, porque en El y por El la gracia de la remisión de los pecados sigue siendo inagotable para todo hombre: *copiosa apud eum redemptio!*»⁸².

Pero aunque la Redención sea cierta, la aplicación de sus frutos no es automática: también aquí Dios toma en serio al hombre, al

79. Alocución en la audiencia general del 28-IX-1983, n. 4.

80. Homilía en la inauguración del Sínodo de Obispos, 29-IX-1983, n. 3.

81. Alocución en el encuentro con los jóvenes, en Madrid, 3-XI-1982, n. 2 (AAS 75, 1983, p. 288).

82. Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 27-III-1983, n. 3 (AAS 75, 1983, pp. 417-418).

que incorpora a su designio de salvación. El misterio de la Redención ha de «ser apropiado», hecho propio, por cada hombre; su «realidad objetiva... debe convertirse en realidad subjetiva, propia de cada uno de los creyentes, para obtener así su eficacia concreta, en la condición histórica del hombre que vive, sufre y trabaja». Es necesaria en cada hombre una «tensión hacia la gracia», un «esfuerzo de la conciencia» para así «apropiarse subjetivamente el don de la Redención, del amor que brota de Cristo crucificado y resucitado»⁸³.

Analizando los textos en los que Juan Pablo II describe los momentos e implicaciones de ese movimiento espiritual de apropiación de la gracia, podemos señalar tres aspectos fundamentales:

— En primer lugar, y como paso previo a todo lo demás, «un renovado descubrimiento del amor de Dios»⁸⁴, una nueva toma de conciencia, vital y sentida, del amor de Dios manifestado en la Encarnación y en la Cruz.

— En consecuencia, una transformación del espíritu: la conversión, ese acto por el que el hombre, habiendo reconocido la realidad de su pecado, decide «invertir el camino que lo lleva hacia el mal» y «retornar al Dios viviente»⁸⁵.

— Finalmente, y como expresión de la conversión realizada, las obras de reconciliación: una vida reconciliada y fuente de reconciliación y de amor entre los hombres⁸⁶; una actuación de acuerdo con lo que puede ser designado como *ethos de la Redención*: el comportamiento propio de quien se sabe incorporado al misterio de la Redención, de quien sabe que su corazón ha sido transformado por Cristo y se reconoce llamado a realizar en todas sus obras el amor y

83. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia Romana, 23-XII-1982, nn. 3 y 5 (AAS 75, 1983, pp. 209 y 211).

84. Bula *Aperite portas*, 6-I-1983, n. 8 (AAS 75, 1983, p. 98).

85. Homilía en la parroquia de S. Juan Bautista de los Florentinos, Roma, 8-III-1981, nn. 3-4 (*Insegnamenti*, vol. IV-1, p. 641), así como numerosos textos de fines de 1982 y 1983, destinados a poner de manifiesto el nexo profundo y providencial que —afirma— media entre dos acontecimientos eclesiales que habían sido convocados separadamente: el Año de la Redención y el Sínodo de Obispos que tenía por tema la reconciliación y la penitencia. Ver, entre otros textos: Bula *Aperite portas*, 6-I-1983, nn. 4-7 (AAS 75, 1983, pp. 95-97); carta de presentación del *Instrumentum laboris* para el Sínodo de Obispos, 25-I-1983, nn. 1-2 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, pp. 208-210); discurso en la clausura del Sínodo de Obispos, 29-X-1983, nn. 1-2; discurso al Colegio Cardenalicio con motivo de la Navidad, 22-VII-1983, nn. 3-4.

86. El nexo entre reconciliación con Dios y reconciliación con los hombres ha sido subrayado por Juan Pablo II en múltiples ocasiones. Uno de los textos más amplios es el de la audiencia general del 18-V-1983 (*Insegnamenti* vol. VI-1, p. 1261 ss.).

la armonía recibidos⁸⁷, siendo así testimonio y fuente de reconciliación en el mundo. El cristiano singular y, más netamente aún, la fraternidad cristiana, la Iglesia en la que esa fraternidad se vive, son signo y prenda de la realidad de la reconciliación.

b) *La acción de Cristo en el cristiano y en la Iglesia*

Ese *ethos*, y el movimiento espiritual que lo precede y acompaña, presuponen —las mismas palabras que hemos ya escrito lo ponen por lo demás de manifiesto—, una vida: la antropología y la ética connotan una ontología, y esta a su vez una teología, un don de Dios en quien la vida procede. El hombre es, con sus obras, fuente de reconciliación, pero para captar la entera realidad es necesario ir más allá: llegar hasta Dios que, en Cristo y por Cristo, otorga al hombre la reconciliación y la capacidad de traducirla en obras. El proceso de la Redención, en el desarrollo de la historia que va desde la Resurrección hasta la Parusía, tiene en Cristo no sólo el punto de referencia y el impulso originante gracias a la revelación del amor que en El ha acontecido, sino también el protagonista primero y principal: esta etapa de la historia pertenece también a la obra salvífica que Cristo realiza. La descripción del proceso de la Redención obliga así a hacer referencia, aunque sea somera, a la acción celeste de Cristo resucitado y, por tanto, al Espíritu Santo, a la Iglesia, al sacramento.

El desarrollo histórico del misterio de la Redención no es sino el despliegue de esa unión de Cristo con todo hombre, con cada hombre, que —como señalara la *Gaudium et spes*— se llevó ya a cabo, en cierto modo, en la Encarnación⁸⁸, pero que en cada hombre necesita ser actualizada. Una realidad importa, pues, sobremanera: «que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda reconocer con cada hombre el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella»⁸⁹.

Ha aparecido ahí un término, «potencia», que, con sus sinónimos, —«fuerza», «poder»—, aparece con frecuencia en los textos de Juan

87. Sobre el «ethos de la Redención» ver las alocuciones en las audiencias generales del 29-X-1980, nn. 4-5 y, del 3-XII-1980, nn. 2-4 (*Insegnamenti*, vol. III-2, pp. 1013-1015 y 1575-1578), donde lo considera, sobre todo, desde la perspectiva de la corporalidad, a la que estaban dedicadas las audiencias de ese período, aunque sin dejar de señalar que su significación es más amplia.

88. Const. *Gaudium et spes*, n. 22, citada en la enc. *Redemptor hominis*, n. 13, para ser glosada en el sentido que indicamos a continuación.

89. Enc. *Redemptor hominis*, n. 13 (AAS 71, 1979, p. 282).

Pablo II. En ocasiones, como ocurre en parte en el texto recién citado, y más claramente en otros, esa fuerza es la «fuerza de la revelación»⁹⁰, la fuerza de una verdad que se impone al alma no sólo por lo que implica y da a conocer sino por el hecho de provenir no del hombre, sino de Dios, y de traer, por tanto, consigo la audacia, el impulso a confesar la verdad recibida y dar testimonio de ella. En otras ocasiones es, aún más netamente, una fuerza que actúa sobre el corazón y que renueva al hombre desde la raíz de su ser. Es «la potencia de Cristo, que desea actuar en los corazones humanos como Redentor y Esposo de la Iglesia»⁹¹, y que actúa de manera que da lugar a una unión de Cristo con el hombre que «es en sí misma un misterio, del que nace el hombre nuevo, llamado a participar en la vida, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad»: Cristo es «la fuerza y la fuente de la fuerza», y la unión con El otorga el poder de llegar a ser hijos de Dios, «transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna»⁹².

La actuación salvadora de Cristo está unida a ese envío del Espíritu Santo, que tuvo lugar después de la Resurrección⁹³. Cristo, que había anunciado la comunicación del Espíritu, cumplió su promesa y, habiendo resucitado, concedió a los suyos el «don pascual», entregó «el Espíritu Santo a la Iglesia como el don divino y como la fuente incesante de la santificación»: los Apóstoles descubrieron «en sí la fuerza del Espíritu Santo que descendió sobre ellos» y la misma fuerza descubre en sí el cristiano⁹⁴. La Iglesia ha de ser en todo tiempo consciente de la «acción soberana» que en ella ejerce el Espíritu Santo, «el único que pueda realizar la nueva creación»⁹⁵. El Espíritu es quien «confiere el poder de despertar a los otros a la Vida»⁹⁶. Aquel por medio de quien «el Padre da de nuevo vida a los hombres muertos por el

90. Homilía en la solemnidad de San Pedro y San Pablo, 29-VI-1980, nn. 1-3 (AAS 72, 1980, pp. 602-604).

91. Palabras durante el Angelus del 24-II-1980, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 482).

92. Enc. *Redemptor hominis*, n. 18 (AAS 71, 1979, p. 302).

93. Alocución en la audiencia general del 18-IV-1979, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. II-1, pp. 922-923); homilía en la Misa de Pentecostés, 25-V-1980, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. III-1, pp. 1465-1467).

94. Homilía en la Misa de Pentecostés, 25-V-1980, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 1465).

95. Discurso al episcopado filipino, Manila, 17-II-1981, n. 9 (AAS 73, 1981, p. 324).

96. Alocución en la audiencia general del 18-IV-1979, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. II-1, p. 923).

pecado hasta que, un día, resucite en Cristo sus cuerpos mortales»⁹⁷.

La acción de Cristo por el Espíritu Santo nos conduce a la Iglesia, que «ha nacido del misterio de la Redención y vive diariamente de él»⁹⁸, y en la que se efectúa constantemente el «realismo» de la Redención⁹⁹. «Toda la vida de la Iglesia está inmersa en la Redención, respira Redención»¹⁰⁰. Nacida de la Redención, la Iglesia no tiene otra razón de ser y otra finalidad que servir a la Redención: anunciarla, manifestarla, hacerla presente, ofrecerla y entregarla. En suma «toda la actividad de la Iglesia está marcada por la fuerza transformadora de la Redención de Cristo» y todo en ella se encamina a facilitar a los hombres «un contacto siempre renovado y vivificante con el Señor»¹⁰¹.

Detallando más, debe decirse que «la Redención se comunica al hombre mediante la proclamación de la Palabra de Dios y los sacramentos»¹⁰², mediante el anuncio de la Redención que hace posible la fe y mediante los sacramentos por medio de los cuales «cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la Redención» que le ha sido anunciada¹⁰³:

— El Bautismo, por el que el hombre se «sumerge» en la muerte de Cristo «para surgir después de ella como hombre nuevo, como nueva creatura, como ser nuevo, esto es, vivificado por la potencia de la Resurrección de Cristo»¹⁰⁴;

— La Confirmación, en la que está presente «en sobreabundante plenitud el Espíritu Santo y santificante», concediendo y otorgando fuerza a cada bautizado «para convertirlo —según la conocida terminología catequística— en cristiano perfecto y soldado de Cristo, dispuesto a testimoniar con valentía su Resurrección y su virtud redentora»¹⁰⁵.

— La Eucaristía, que «hace presente toda la obra de la Redención que se perpetúa a lo largo del año en la celebración de los mis-

97. Carta a todos los Obispos del orbe, con ocasión de los aniversarios del Concilio I de Constantinopla y del Concilio de Efeso, 15-III-1981, n. 7 (AAS 73, 1981, p. 521).

98. Homilía en la catedral de Varsovia, 16-VI-1983, n. 1 (*Insegnamenti*, vol. VI-1, p. 1521).

99. Discurso a los Cardenales y prelados de la Curia Romana, 23-XII-1982, n. 3 (AAS 75, 1983, p. 209).

100. Bula *Aperite portas*, 6-I-1983, n. 3 (AAS 75, 1983, p. 91).

101. Ibidem (AAS 75, 1983, p. 92).

102. Ibidem (AAS 75, 1983, p. 91).

103. Enc. *Redemptor hominis*, p. 10 (AAS 71, 1979, p. 310).

104. Homilía en la Vigilia Pascual, 14-IV-1979, n. 4 (AAS 71, 1979, p. 582).

105. Homilía en la Misa de Pentecostés, 25-V-1980, n. 2 (*Insegnamenti*, vol. III-1, p. 1467).

terios divinos; en ella el mismo Redentor, realmente presente bajo las especies sagradas, se da a los fieles, acercándolos siempre el amor que es más fuerte que la muerte, los une consigo y al mismo tiempo entre sí»¹⁰⁶.

— La Penitencia, en la que tiene lugar un encuentro, de carácter esquisitamente personal, del hombre pecador «con Cristo crucificado que perdona, con Cristo que dice, por medio del ministro del sacramento de la reconciliación: *tus pecados te son perdonados* (Mc 2,5); *vete y no peques más* (Jn 8, 11)»¹⁰⁷.

— El Orden Sagrado, que «configura a los elegidos a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y les confiere el poder de apacentar en su nombre a la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios, sobre todo en el culto eucarístico»¹⁰⁸.

— El Matrimonio, en el que «el genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia»¹⁰⁹.

— La Unción de los enfermos, que «uniendo los sufrimientos de los fieles a los del Redentor, los purifica con vistas a la redención completa del hombre incluso en su cuerpo, y los prepara al encuentro beatífico con Dios, Uno y Trino»¹¹⁰.

La Iglesia, depositaria de la palabra y de los sacramentos, y edificada por ellos, es el «lugar privilegiado de la Alianza de Dios con los hombres, de los hombres entre sí, de los hombres con el mundo, porque a través de ella, comunidad de creyentes, se prolonga la reconciliación»¹¹¹, en espera de la comunión plena con Dios y con toda la humanidad redimida que tendrá lugar en mundo futuro¹¹².

* * *

Tales son las líneas estructurales del Magisterio de Juan Pablo II sobre la Redención. Intentando una breve síntesis final, digamos que su enseñanza está impregnada por una fuerte percepción de la unidad

106. Bula *Aperite portas*, 6-I-1983, n. 3 (AAS 75, 1983, pp. 91-92). En este número de la Bula de convocatoria del Año jubilar, Juan Pablo II menciona los siete sacramentos; en algunos casos, en lugar de recoger las palabras de este documento, hemos recogido las de otros, completando así la exposición.

107. Enc. *Redemptor hominis*, n. 20 (AAS 71, 1979, p. 314).

108. Bula *Aperite portas*, n. 3 (AAS 75, 1983, p. 92).

109. Ibidem, citando palabras de la *Gaudium et spes*, n. 48 (AAS 75, 1983, p. 92).

110. Bula *Aperite portas*, n. 3 (AAS 75, 1983, p. 92).

111. Alocución a los jóvenes, Bérghamo, 26-IV-1981, n. 3 (*Insegnamenti*, vol. IV-1, p. 1029).

112. Sobre la consumación escatológica, ver las alocuciones en las audiencias generales de 9 y 16-XII-1982 (*Insegnamenti*, vol. IV-2, pp. 880-883 y 1136-1139).

del plan divino sobre la creación, unidad que gira a su vez en torno al misterio de un Dios que es amor y a la realidad de un hombre que se realiza en la medida en que se abre al don que se le hace y, radicalmente, al don divino que lo constituye en el ser y lo conduce a plenitud.

La comunión perfecta entre Dios y los hombres, querida por Dios desde toda la eternidad, incoada con el inicio mismo de los tiempos y dañada por el pecado, ha sido restablecida de forma definitiva con la Muerte y la Resurrección de Cristo. Destinada a manifestarse con la totalidad de sus virtualidades en la escatología, esa Alianza que Dios establece con el hombre dota de sentido al acontecer. Situado en mitad de los tiempos, el hombre que vive sobre la tierra encuentra en Cristo la revelación de un amor que fundamenta la esperanza y una vida nueva que testimonia y testifica la reconciliación alcanzada. La obra salvífica de Cristo, Redentor del hombre, llena la entera historia.

J. L. Illanes
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

SUMMARIUM

DE RECONCILIATIONE ET NOVO TESTAMENTO DE MAGISTERIO IOANNIS PAULI II DE REDEMPTIONE CHRISTI

Multiplicem doctrinam, quae Ioannes Paulus II inde ab exordio pontificatus sui usque ad 31 diem Decembris 1983 docuit de mysterio Redemptionis, auctor colligit, per capita disponit atque in summan redigit. Actualis Pontificis magisterium, cum de doctrina christiana circa Redemptionem agat, speciali vi eam esse defendit etiam revelationem, quia redemptio ipsa luculenter quantus sit amor patefacit Dei qui non reunit Filium morti tradere ut homo servetur. Quam ob rem, simul revelat quanta sit hominis dignitas quantique sit pretii illius quem Deus tamtum dilexerit. Quaecumque redemptionis mysterii expositio in lucem proferre oportet illum esse simul mysterium revelatum quod homines ad intelligendum moveantur tamquam mysterium altissimas humanae naturae rationes attingens.

Haec doctrinalis de hominum redemptione expositio implicat —quod quidem omnino Ioannes Paulus II fatetur— cohortem fundamentalium christianismi veritatum, quae dividi possunt in tres partes: veritates circa Christum, vel fundamentum christologicum de conditione humana et divina Christi; fundamentum anthropologicum, seu veritas de homine ut persona, de subiecto scilicet qui semetipsum perficit per communicationem; fundamentum historiae salutis: creatio, peccatum et redemptio velut momenta Historiae Salutis.

Opera Christi pressius respiciens, Ioannes Paulus II speciali studio Incarnationem considerat, prout tempus est in quo efformatur corpus Filii Dei, quo traditio redemptio facta est; pariter et Crucem, donum et sacrificium Iesu quibus redemptio consumitur, necnon Resurrectionem, veram et novam creationem quae e redemptione oritur. Salutis opus a Cristo peractum non perstringitur in finibus eius vitae in terris, quamvis Resurrectione coronata, sed ipse Redemptor, in Coelum gloriose ascensus, usque nunc in mundo operatur ut illum ad Patrem elevet. Multa efficit haec actio Christi gloriosi: e quibus Ioannes Paulus II praecipue hoc extollit: reconciliationem, de qua pluries et profunde praedicavit.

SUMMARY

RECONCILIATION AND NEW TESTAMENT THE MAGISTRY OF JOHN PAUL II ON THE REDEMPTION

The author summarises and schematizes the teachings of John Paul II on the Redemption from the start of the Pontificate up til the 31 of Decembre, 1983.

The Magistry of the current Pontiff, when presenting the Christian doctrine concerning the Redemption, proclaims with particular force its revealing character; it manifests God's love which does not hesitate in delivering his Son to a death for the salvation of mankind and, as a result, revealing the dignity or value of man whom God loves to this extreme. All presentation of the dogma of the Redeption should point out this aspect, making man understand in this in way that it is a mystery which affects him to the very roots of his being.

This presentation of the doctrine presupposes a series of fundamental Christian truths. These can be grouped into three sections: a Christological motive (the human-divine character of Christ); an anthropological motive (the reality of man as a person, hence a being which communicates with other beings); and the saving historical motive (creation, sin and redemption as eras in the history of the Alliance).

Considering more closely the work of Christ, John Paul II analyses with particular detail the Incarnation (a moment in which the body of the Son of God is prepared and through whose surrender, the Redemption is consummated); the Cross as the sacrificial donation of Jesus in which the Redemption is consummated; and the Resurrection (reality of the new creation which emanates from the Redemption).

The salvation work of Christ does not limit itself to an earthly existence culminating with the Resurrection, but exalted to the Heavens, continues working on the world to draw it towards the Father. The effects of Christ's action are multiple. Amongst them John Paul II underlines one in particular: the reconciliation to which he has dedicated an important part of his preaching.